

asamblea general de los tres estados, el tercer estado y la Francia entera habrían encontrado razonable esta excepción (1).» Así escribía Necker en 1796, es decir, siete años después del fracaso completo de su política. ¡Cuánto distaba su pensamiento de creer que de tal manera podría engañarse en su juicio sobre los hombres y sobre las cosas!

Estas ilusiones dieron origen al pasaje del discurso de 5 de mayo que tanto desilusionó al tercer estado, del cual tanto se acordaba siete años después y en el cual, hablando de la cuestión de las votaciones, decía que podría arreglarse de un modo conciliador si los tres estados deliberaban separadamente y los dos primeros se resolvían a renunciar a sus privilegios. «Ninguno de vosotros, señores míos, podría invocar el derecho de quitar a los dos primeros estados el mérito de un sacrificio magnánimo, y esto podría suceder si tal decisión se sometiera al debate de los tres estados. Toda propiedad que se remonta a los mas apartados tiempos de la monarquía constituye un título de derecho que se hace mas digno de respeto desde el momento en que aquel que lo disfruta está dispuesto a renunciar a él.» Basta comparar estas palabras con uno de los principios de la obra del abate Sieyès, antes mencionada, para ver que Necker usaba un lenguaje que no comprendía ninguno de sus oyentes, porque la situación con que el ministro contaba no existía y la situación real no se veía retratada en ninguno de los párrafos del discurso.

CAPITULO VII

LA JÓVEN ALEMANIA EN EL ANTIGUO IMPERIO

Si únicamente los pueblos que gozan de una excelente vida política fuesen capaces de poseer una literatura estable, Alemania no hubiera tenido un Klopstock, ni un Lessing, ni un Goethe, ni un Schiller, pues el sacro imperio romano, á que aquella nación pertenecía, no era, á excepción de la monarquía prusiana, un imperio ni un Estado, sino un conjunto de partes distintas cuya imagen fiel encontramos en el ejército imperial de Rossbach. Lo que mas da á comprender lo artificioso de aquel imperio es que sus columnas propias eran los Estados eclesiásticos, que no eran en el mundo conocidos mas que allí y en los Estados Pontificios. Los maravillosos elementos vitales que la nación contenía no estaban todavía completamente desarrollados, ni habían desaparecido aun los que no tenían condiciones de viabilidad. En aquel estado de cosas contradictorias, no quedaba espacio para la actividad creadora de una generación cuyo espíritu, gracias al heroísmo de Federico el Grande, se había separado de lo vulgar, y cuya fantasía estaba dominada por los ideales de Klopstock, Lessing y Rousseau. Además del poeta y del pensador era preciso crear una patria y un hogar y producir por lo menos en las tablas de los teatros una sed de gloria que dentro de la realidad no podía encontrarse. De aquí un idealismo que, con ser ajeno al mundo y al Estado, parecía compensar en el exterior la destrucción de todas las formas de la vida externa, que todavía conservaba incólume el alma del pueblo, en medio de la soberanía extranjera, pero que interiormente se iba modificando. En el testamento espiritual de nuestra época de discusiones y folletos encontramos junto á una sensibilidad femenil un elevado sentimiento realista al cual solo faltan fines dignos: empujada por una época de hierro, la presente se desprendió de todo aquello que para ella era un misterio, y en la desesperación de las guerras de liberación se despertó por fin el idealismo alemán adquiriendo la conciencia de los sagrados

(1) *De la révolution française*, I, págs. 214-216.

deberes y la fuerza para los actos heroicos. Oportunamente iremos marcando los rasgos fundamentales que señalan este paso dado en el desenvolvimiento moral de la vida nacional de Alemania.

El estado moral de «aquella juventud ociosa de la brillante época de Federico,» cuyo héroe era el joven Goethe, ha sido admirablemente descrito por este en su *Poesía y verdad*. En el autor del *Gotz* y del *Werther* vivía toda una generación de jóvenes atormentada «por exigencias exageradas, por pasiones no satisfechas y por males quiméricos» que se regocijaba en extremo cuando oía hablar públicamente de lo que ella apenas se atrevía á confesar. Así como Ulrico de Hutten se animaba cuando saludaba el albor de la civilización alemana con la exclamación de júbilo: «Las ciencias florecen, las almas se despiertan, la vida se presenta alegre,» del mismo modo sentía el deseo de vivir y de crear aquel joven poeta á quien Herder descubría el alma del pueblo como madre y la poesía popular como fuente de toda poesía, á quien el idilio de Sessenheim ponía de manifiesto el secreto de toda la poesía sentimental, y á quien Shakspeare descubría las maravillas de la verdadera naturaleza dramática. «¡Naturaleza, naturaleza! ¡Qué mas naturaleza que los hombres de Shakspeare!» exclamaba en el hermoso discurso que pronunció en honor del poeta inglés en 14 de octubre de 1771 (2). «¡Permíteme, oh aire, hablar! Rivalizó con Prometeo é imitó rasgo por rasgo los hombres de su tiempo, pero engrandeciéndolos de un modo colosal. Por eso desconocemos á nuestros hermanos; él lo animaba todo con el soplo de su talento, hablaba de todas las cosas y al punto se conocía la afinidad entre unas y otras. ¿Y se atreve nuestro siglo á hablar de naturaleza? ¿Por dónde podemos conocerla los que desde nuestra juventud sentimos en nosotros los adornos y ligaduras artificiales y los vemos en los demás? A menudo me avergüenzo delante de Shakspeare, pues me sucede que á primera vista digo: Esto lo hubiera hecho yo de otra manera. Reconozco que soy un pobre pecador, que Shakspeare adivina la naturaleza y que mis hombres son bolas de jabón hinchadas por quimeras novelescas. ¡Vamos, señores! Despertadme á todas esas nobles almas del Eliseo del llamado buen gusto, donde están en indolente crepúsculo, entre soñolientas y despiertas, entre embriagadas y serenas, con el corazón lleno de pasiones y los huesos vacíos de médula; que no contentas con tanto reposo, les repugna todavía la actividad, y pasan su vida de sombras bostezando y vagando entre bosques de mirtos y laureles.»

Tales eran las ideas que dominaban á Goethe, cuando leyó dos obras que le convencieron de que en Alemania se había iniciado una época en que la libertad dorada en que nació y vivió la humana naturaleza de Shakspeare, no era un sueño de poeta sino una realidad. En una de ellas leyó las siguientes palabras: «Los tiempos del derecho de la fuerza corporal parecen haber visto en Alemania aquellos en que nuestra nación mostró mas sentimiento del honor, mas verdadero valor, mayor grandeza nacional propia. Por mas que los indolentes historiadores que vivían detrás de los muros de los conventos y los cómodos sabios con sus gorros de dormir los desprecien y abominen, toda persona erudita debe reconocer en el derecho de la fuerza de los siglos XII y XIII una obra de arte de gran mérito; y nuestra nación que, en un principio, no toleraba las ciudades; que veía la vida municipal con los mismos ojos con que hoy vemos la vida tranquila de los flamencos; que no podía producir ninguna gran obra en las artes plásticas y que quizás miraba

(2) *El joven Goethe*, con una introducción de Miguel Bernouys. Leipzig, 1875, II, págs. 42-43. Goethe en aquel tiempo escribía siempre *Shakspeare*.

á estas como pequeñeces de la manufactura, estudiando después imparcialmente ese período ha reconocido en él un genio y un talento que si no se manifestaban en trabajos realizados en piedra ó en mármol, aparecían en los hombres y ennoblecían así sus sentimientos como su fuerza de un modo de que hoy en día no podemos formarnos idea.» Esto que solo en teoría se sostenía en la obra de Justo Moser, titulada: *El derecho de la fuerza* (1), plásticamente había sido expuesto antes en la «Biografía del Sr. Gözen de Berlichingen,» libro que produjo en Goethe una profunda impresión (2). En su *Poesía y verdad*, II, 10, se ve claramente cuánto le llamó la atención este libro. «La figura, dice, de un héroe rudo y dotado de excelentes pensamientos, en los tiempos de salvaje anarquía, despertó profundamente mi interés.»

Lo que no podía desarrollar en una poesía, su genio lo dramatizó (*Poesía y verdad*, III, 13). De aquí que en 28 de noviembre de 1771 escribiera á su amigo de Estrasburgo Salzmann: «Todo mi genio descansa en una empresa, de la cual se han olvidado Homero, Shakspeare y todos los demás. Dramatizo la historia de uno de los mas nobles alemanes, salvo la memoria de un valiente, y todo el trabajo que esto me cuesta me sirve de pasatiempo, de que tanta necesidad tengo aquí, pues es triste vivir en un lugar donde toda nuestra actividad debe reconcentrarse en sí misma (3).» En unas seis semanas terminó su obra y dió vida á la «figura primitiva» de Gotz, no conocida hasta después de su muerte y que nos descubre la indómita naturaleza y el afán de libertad del moderno Shakspeare mucho mejor que el drama impreso en 1773 que tanto entusiasmó á su pueblo.

La *Historia de Godofredo de Berlichingen, mano de hierro*, dramatizada con el epigrafe de *Haller Usong*,—«el desastre se ha consumado, el corazón del pueblo está envuelto en lodo y no es apto para ningún acto noble (4)—es la primera manifestación de aquel entusiasmo que se despertó en la juventud de la antigua Alemania y que después se llamó «Tempestad y presión de la multitud.» La joven generación se parece al mozo Jorge, á quien Gotz sorprende metido en la coraza de un adulto y á quien, con las palabras: «¡No te avergüences, niño, si la sabes llevar!» anima á hacer la siguiente confesión: «No tenía nada que hacer; por eso tomé la coraza de Hansen y me la ceñí, púsemela y el yelmo, sus brazaletes y zapatos, cogí su espada y luché con los árboles.» Del mismo modo el hermano Martin, para quien eran demasiado estrechos el convento y el hábito, no podía ver á «la gente ociosa,» sentía pasión por la armadura de caballero, y un sorbo de vino despertó en su alma el sentimiento de la virilidad. «¡Ojalá que mis hombros tuvieran fuerza para llevar

(1) Publicada primeramente en las *Osnabrückischen Intelligenzblättern* de 1770 (Hettner, III, 1, págs. 145-146); después, 1774, en las *Patriotischen Phantasien* con el título de: «El elevado estilo del arte entre los alemanes.» Véanse las *Fantasías patrióticas* de Justo Moser publicadas por su hija Y. W. Y. Moser de Voigts. Nueva edición aumentada. Berlín, 1842, I, págs. 295-401.

(2) El título completo de la obra es: «Biografía del Sr. Gözen de Berlichingen, apellidado mano de hierro, uno de los atrevidos y valerosos caballeros del imperio del tiempo de Maximiliano I y de Carlos V, que contiene: 1.º todas sus hazañas realizadas desde su juventud en luchas y guerras; 2.º los servicios voluntariamente prestados por él en la guerra de los campesinos de 1525; y 3.º otras hazañas fuera de la guerra y de la lucha y además las desgracias que le ocurrieron. Con distintas notas y con un índice completo, impresa por Verono Francisco de Steyerwald, y á la cual acompaña para mayor ilustración una *Disertación de Diffidationibus et Faidis* de Guillermo Federico Pistorins, consejero áulico de Hohenlohe-Weickersheimischen.» Nuremberg, 1731.

(3) *El joven Goethe*, I, pág. 301.

(4) Transcritas en *El joven Goethe*, II, págs. 44-196. En la misma, páginas 242-379, se encuentra el otro trabajo titulado: *Götz de Berlichingen, con la mano de hierro. Comedia* (sin epigrafe).

la armadura y mis brazos energía para derribar del caballo á un enemigo! ¡Pobre débil mano, acostumbrada hasta ahora á llevar la cruz y el estandarte de paz y á dar vueltas al incensario, con qué gusto empuñarías la lanza y la espada!» Sus mas íntimos sentimientos están expresados cuando la animosa Isabel reprende á su hermana porque echa á perder á su hijo Carlos con cuentos, instruyéndole prematuramente para que abrace el estado eclesiástico, cuando ella quiere darle una educación para el mundo y no para el convento. «Así se da opio á la naturaleza, exclama, y se interceptan los rayos de sol creando un invierno perpétuo. ¡Hermana, hermana! ¡Qué idea tan falsa y tan repugnante! Contempla á tu hijo: según es la obra, así es la recompensa. ¿No hay que hacer en este mundo mas que vivir en santo ocio, cruzar las manos y coronar tan noble vida en un convento (5)?»

En el cortesano Weislingen y en la mujer de mundo Adelaida ha pintado Goethe los funestos efectos de la vida cortesana de su tiempo, como hizo Lessing con su *Emilia Galotti*. Weislingen dice á Jaxthansen: «No quiero volver á ver á Bamberg; quiero romper con todos y ser libre. ¡Godofredo, Godofredo! tú solo eres libre: tu alma se basta á sí misma, y para ser algo no necesitas ni obedecer ni mandar (6).» Y apenas ha partido, vuelve á entrar en la corte para caer en las redes de la mujer diabólica que envenenó primero su alma y después su cuerpo. En el primitivo original está esto pintado con una brillantez y una energía que no encontramos en la segunda corrección, donde este pasaje es en extremo pálido (7). Este cuadro de fantasía cautiivo de tal manera á su mismo autor que tuvo que hacer poderosos esfuerzos para volver al héroe del primer acto, á la figura primitiva de fuerza y lealtad varoniles, valiente y noble, que va á la lucha sin miedo y sin mancha, y que muere pronunciando estas palabras: «Cerrad vuestros corazones con mas cuidado que vuestras puertas: se acercan los tiempos de las decepciones, á los cuales se ha dado libertad completa. Los indignos gobernarán por medio de la astucia y los nobles caerán en sus redes. Dadme un vaso de agua. ¡Aire celestial! ¡Libertad, libertad!»

El grito de libertad del moribundo Gotz fué el grito de guerra de una nueva poesía: todo aquello que tenía sentimiento era acogido con un ardor ante el cual debía enmudecer vergonzosamente todo el horror que á los censores inspiraba aquella transgresión del principio de las tres unidades. En los «Anales de los doctos de Francfort» levántose en 30 de Agosto de 1773 una voz diciendo: «Dad á ese poema el nombre que queráis: desde el campamento de Gotz se inflamará vuestro corazón, temblareis por él en los torreones, entre los siervos y los gitanos, llorareis el sol que

(5) Esa escena apenas es conocida en la segunda corrección.

(6) En la segunda corrección se dice: «No quiero volver á ver á Bamberg, quiero romper todos los funestos lazos que me atan. Mi corazón se ensancha; aquí no hay criminales esfuerzos para conseguir una grandeza vedada, y solo es feliz y grande aquel que para ser algo no tiene que mandar ni que obedecer.»

(7) Un solo ejemplo bastará para demostrar cuánto pierde en energía el poeta en la segunda corrección. En el primitivo original, Francisco hace de Adelaida el siguiente retrato: «Una fina expresión escudriñadora en la boca y en las mejillas, mitad fisonomía, mitad sentimiento, parece amenazar á otros mas que al ebúrneo rey; la nobleza y la amabilidad, unidas en majestuoso consorcio, presiden en sus negros ojos; y sus oscuros cabellos, cual preciosa cortina, circundan su espléndida majestad.» ¡Cuán pálido es esto en la segunda corrección: «Una fina expresión escudriñadora en la boca y en las mejillas! Yo hubiera podido ser el rey de marfil. La nobleza y la amabilidad resplandecen en su frente. Y la viva luz de su semblante y de su pecho está realizada por sus oscuros cabellos.» Debe también consignarse que la lamentación del rey: «¡Alemania, Alemania! ¡Un pantano te parece un mar navegable!» solo se encuentra en el primitivo original (pág. 109) y no en la segunda corrección (pág. 303).

alumbro su muerte y repetireis su grito de: ¡Libertad, libertad! El corazón franco de Gotz será para todos el de un heroico delincuente cuando lo agiten los golpes de la aflicción. El autor merece eterno reconocimiento por el estudio que ha hecho de las antiguas costumbres alemanas, que hasta ahora solo habían sido buscadas en las selvas de los germanos y que están fielmente retratadas en esta obra. ¡Aquí,

alemanes, si no quereis tener fuera de la atmósfera de los héroes á los vuestros (1)!»

El renacimiento del sentimiento viril de libertad, á que tanto contribuyó esta obra poética, aparece al propio tiempo como renacimiento de la antigua nobleza de alma alemana y en su consecuencia como una exigencia del sentimiento patrio alemán, que tenía mayor fuerza y verdad de lo que se



Retrato dibujado por G. M. Krauss (Weimar, 1776)

desprendía de los cantos de los bardos de las selvas germánicas. Esta manera de pensar era extraordinariamente justa: sin romanticismo nacional no hay poesía nacional, y uno y otra son las fuentes del sentimiento patrio. Pero debemos tener siempre presente cuán distante se encontraba este sentimiento de las verdaderas formas vivas, y de poseer ó representar el Estado alemán. Si lo olvidáramos, el mismo Goethe nos lo recordaría. Al mismo tiempo que creaba el dramático Godofredo, en el drama «Gotz,» publicaba en los «Anales de los doctos de Francfort» un trabajo en el cual decía: «¿Tenemos una patria? Esta pregunta sería un indicio funesto si de la descontentadiza perspicacia de los hombres no se supiera que á menudo recorre todo el mundo buscando lo que tiene á sus pies. Eternamente se exhalan quejas diciendo: «¡No tenemos patria, no hay patriotismo!» Cuando encon-

tramos en el mundo un lugar en que permanecer tranquilos con nuestros bienes, un campo que nos alimenta, una casa que nos alberga, ¿no tenemos por ventura una patria? ¿Y acaso no existen en cada Estado millares y millares de esas cosas? ¿Y no vivís felices en tan reducida esfera? ¿A qué, pues, esforzarse en vano para experimentar un sentimiento que no nos es dado abrigar y que en muchos pueblos y solo en determinados tiempos ha sido y es el resultado de un conjunto feliz de circunstancias? ¡Patriotismo romano! ¡Guárdenos Dios de él como de un gigante! No encontraríamos entonces silla donde sentarnos, ni cama en que acostarnos (2).»

(1) J. W. Brann: *Goethe juzgado por sus contemporáneos*, Berlin, 1883. Tomo I, págs. 6-7.

(2) *El joven Goethe*, II, págs. 429-430. Con motivo de un escrito académico «Sobre el amor patrio,» de J. de Sonneufels. Viena, 1771.

El mundo literario no se había todavía repuesto del torrente de sentimiento que en él había despertado el *Götz*, cuando en 1774 brotaron de la misma pluma: *Las desdichas del joven Werther*, la primera poesía clásica en prosa, escrita en alemán, la primera novela alemana sentimental de mérito imperecedero.

Un rasgo viril del idealismo de la moderna Alemania era la tendencia, si no á vivir una vida realista, cosa que le estaba vedada, por lo menos á contemplarla en el espíritu y luchar en la escena por el derecho, la naturaleza y la libertad. Hasta dónde llegó este idealismo, al emanciparse del sentimiento realista, nos lo pone de manifiesto la suerte del joven Werther, que se quita la vida porque no se encuentra en estado de luchar sino de sufrir y porque no puede soportar hasta el fin sus *desdichas*.

Nunca poeta alguno alemán ha sabido animar la naturaleza con sus propios sentimientos, como el que escribió el *Werther*: «Hoy, dice, no podría dibujar un solo rasgo, y nunca he sido tan gran pintor como en este momento, cuando el querido valle me rodea y el alto sol descansa sobre la superficie de la impenetrable oscuridad de un bosque dejando llegar al interior de aquel santuario solo unos rayos de luz; cuando reposo en el mullido césped que crece junto al torrente y encuentro maravillas en las innumerables yerbecitas que alfombran el suelo á mi alrededor; cuando oigo el murmullo del pequeño mundo que se agita entre la yerba y veo las innumerables formas de los gusanillos y de los alados insectos; cuando siento la presencia del Todopoderoso que nos ha creado á todos á su imagen y semejanza, y el aliento de Aquel que es todo amor y que nos hace flotar en eterna voluptuosidad. Amigo mio, cuando el crepúsculo extiende sus sombras ante mis ojos, y el mundo que me rodea y el cielo se reflejan como la imagen de un sér amado en mi alma, entonces suspiro y pienso: ¡Si pudieras expresar, si pudieras trasladar al papel todo lo que en tí vive, tu obra sería el espejo de tu alma como tu alma es el espejo de Dios! Amigo mio, me abismo pensando en ello y sucumbo bajo el peso de los encantos de estas alucinaciones.»

Las meditaciones sobre la naturaleza, que en el valle de Montmorency hicieron de Rousseau un poeta (1), fueron también origen del culto predilecto de Werther á la divinidad. Del mismo Rousseau tomó y tomaron los que como él pensaban en aquella época, la pasión de no ver del mundo que le rodeaba mas que el reverso y de crearse en su fantasía, para satisfacer los deseos de su corazón, un mundo especial en el cual solo adquirían carta de naturaleza los niños ó los hombres de alma infantil. Su corazón se ensanchaba cuando sentado junto á una fuente miraba atento la límpida agua que corría por entre marmóreas peñas y sus ojos se embelesaban contemplando á las inocentes muchachas ocupadas en la plácida tarea de sacar agua. Un paraíso de tranquilidad de alma le circundaba cuando veía á los sencillos aldeanos recorrer la reducida órbita de su existencia, viviendo un día y otro día de la misma manera, viendo caer las hojas y no pensando mas que en la proximidad del invierno. Creía volver á la inocencia y á la sencillez infantiles cuando se rodeaba de niños como si fuesen sus iguales. «Sí, decía, los niños son lo que mas quiero en este mundo: cuando los contemplo y veo en ellos el gérmen de todas las virtudes y de todas las fuerzas, que son tan necesarias; cuando miro en su terquedad toda la fuerza y energía de carácter y en su travesura todo el buen humor futuro y la facilidad de arrostrar todos los peligros del mundo, cuando veo todo esto, tan puro, repito las hermosas palabras del Maestro de

la humanidad: ¡Que no pueda yo volverme uno de vosotros!» Un soplo de voluptuosidad refresca su abrasada alma cuando conoce á Carlota, admirable conjunto de inocencia infantil y de virginal encanto: «Nos asomamos á la ventana, el trueno retumbaba á lo lejos, la benéfica lluvia caía con suave murmullo sobre la tierra y un perfume refrigerante subía hasta nosotros, envuelto en un aire tibio. Ella estaba apoyada en el codo; su mirada recorría las cercanías, despues se elevó al cielo y luego la fijó en mí. Ví sus ojos arrasados de lágrimas, y poniendo su mano entre las mias exclamó: ¡Klopstock! Yo recordé en seguida la excelente oda que citaba en su pensamiento y me abismé en el torrente de sensaciones que en aquel instante derramaba sobre mí. No pude contenerme mas; me incliné hasta su mano, la besé con las mas deliciosas lágrimas y volví á contemplar sus ojos. ¡Oh noble Klopstock, pluguiera al cielo que hubieses visto tu apoteosis en aquella mirada y que no volviese yo á oír invocar tu nombre, tantas veces profanado!»

Pero aquella incomparable jóven, á quien Werther amaba con delirio, es la novia y llega á ser la mujer de otro: Werther no encuentra ni la fuerza de la victoria ni la fuerza del desistimiento; y de esta doble imposibilidad nacen su desdicha y su tormento, á los cuales pone fin con el suicidio.

Goethe escribió esa obra con sangre de su corazón. En 10 de setiembre de 1772 se separó en Wetzlar de su Carlota Buff dejándola en brazos de su desposado; y en 10 de setiembre de 1771, sólo el año cambiado, separa á Werther de su Carlota. La carta de despedida que en 10 de setiembre dejó Goethe á Kestner y á su esposa coinciden tan exactamente con la situación descrita por Werther en su carta de 10 de setiembre también, que casi estamos tentados á representarnos, por medio del diálogo que en la novela se continúa, aquel otro diálogo del cual dice Goethe que «desgarró su alma (2).» La separación de Goethe de la mujer de Kestner es la separación de Werther; Goethe hace el viaje hácia el Rin donde recobró la salud, Werther huyó al seno de la sociedad, donde enfermó mas y mas, y volvió luego al lado de la mujer de Alberto, siendo esto causa de su muerte.

Con sus obras *Götz* y *Werther* creó Goethe los dos polos al rededor de los cuales giró la moderna Alemania hasta que la fatalidad redujo á ruinas todo aquel mundo fantástico. Del mismo origen procedían así el espíritu de libertad que quería escalar el cielo, como el dolor terrenal que acababa en desesperación; así los eternos ayes de un corazón que aspiraba con pasión á una felicidad inaccesible, como la insaciable sed de hechos heroicos que no tenía término ni arena en que desenvolverse. Eran dos aspectos de una misma enfermedad que padecían innumerables mortales y de la cual sanó la nación gracias á sus poetas.

En la escena, esta enfermedad se manifestaba por medio de dramas que daban forma corporal á todos los padecimientos del corazón humano, expresándolos en desenfadado lenguaje y traduciéndolos en caracteres de exagerada energía. Un estudiante de la universidad de Giessen, Federico Maximiliano Klinger (3), que había nacido en Francfort en 1752, fué el fecundo heraldo de aquella poesía. Con razón ha sido bautizada su época conforme á su drama: *Tempestad y presión*. Oigamos cómo su *Wild* se describe á sí mismo en esta producción dramática: «Vuelvo á ser sordo á mis sentimientos, completamente sordo: quiero batir de nuevo el tambor para luchar por una nueva expansión. ¡Vuelvo á ser tan infeliz! ¡Oh, si pudiera vivir en el espacio

(2) *El joven Goethe*, I, pág. 312.

(3) Maximiliano Rieger: *Klinger en la época de «Tempestad y presión.»* Darmstadt, 1880.

(1) F. II, pág. 391.